

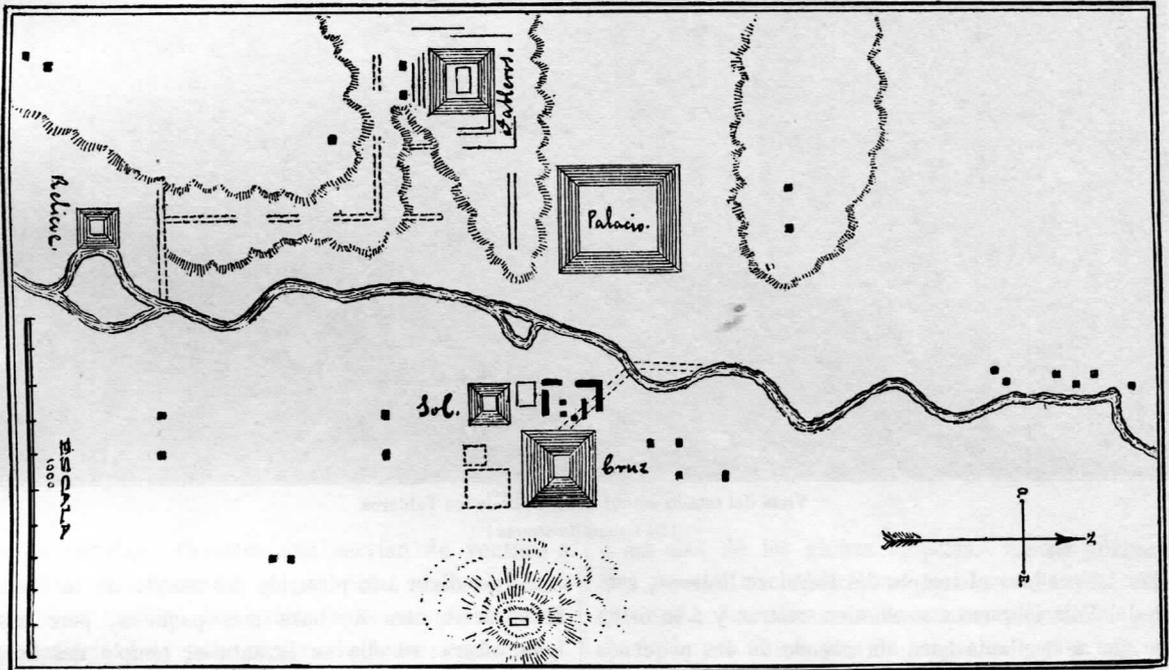
## CAPÍTULO VI

Los cinco monumentos principales de Palenque. — Las inscripciones. — Objeto probable del edificio de los Tableros. — Descripción del templo del Hermoso Relieve. — El santuario del Sol. — Su disposición. — Forma de los corredores. — El altar. — El tablero del Sol. — El palacio. — La pirámide. — El plan del edificio. — Los corredores. — El techo. — Los estucos de los pilares. — Las galerías. — El patio principal. — Figuras colosales de piedra. — Escalera con jeroglíficos. — El segundo patio. — La fachada occidental y sus estucos. — La torre. — El santuario. — Relieve en piedra. — El subterráneo. — Sus objetos. — Los ritos misteriosos y los sacrificios. — Piedra de Tonila. — Cantos y danzas. — El culto privado. — Los sacrificios. — Carácter de la invasión meca. — Su recuerdo en el *Popol Vuh*. — Creación de las razas. — Recuerdo de los soles nahoas. — Referencias á los xicalanca y á los meca. — La leyenda astronómica. — El camino de los muertos. — Relato de fray Bartolomé de Las Casas. — Los cuchillos del sacrificio. — Época á que pertenece Palenque.

Sólo misterios nos presenta la vieja ciudad de Nachán, y únicamente nos muestra ya las ruinas, cada vez más deterioradas, de cinco ó seis monumentos esparcidos á las orillas del Otolúm, que después de haber formado á la mitad de su camino la laguna de Saquilá, entra por la boca de Chacamás en el Usuma-

cinta, pues se conoce que los quichés no quisieron construir su ciudad sagrada á orillas de éste, por no exponerla á inundaciones, pero que procuraron gozar de todas las ventajas de comunicarse con él por uno de sus afluentes.

De tres monumentos nos hemos ocupado: el templo



Plano de Palenque

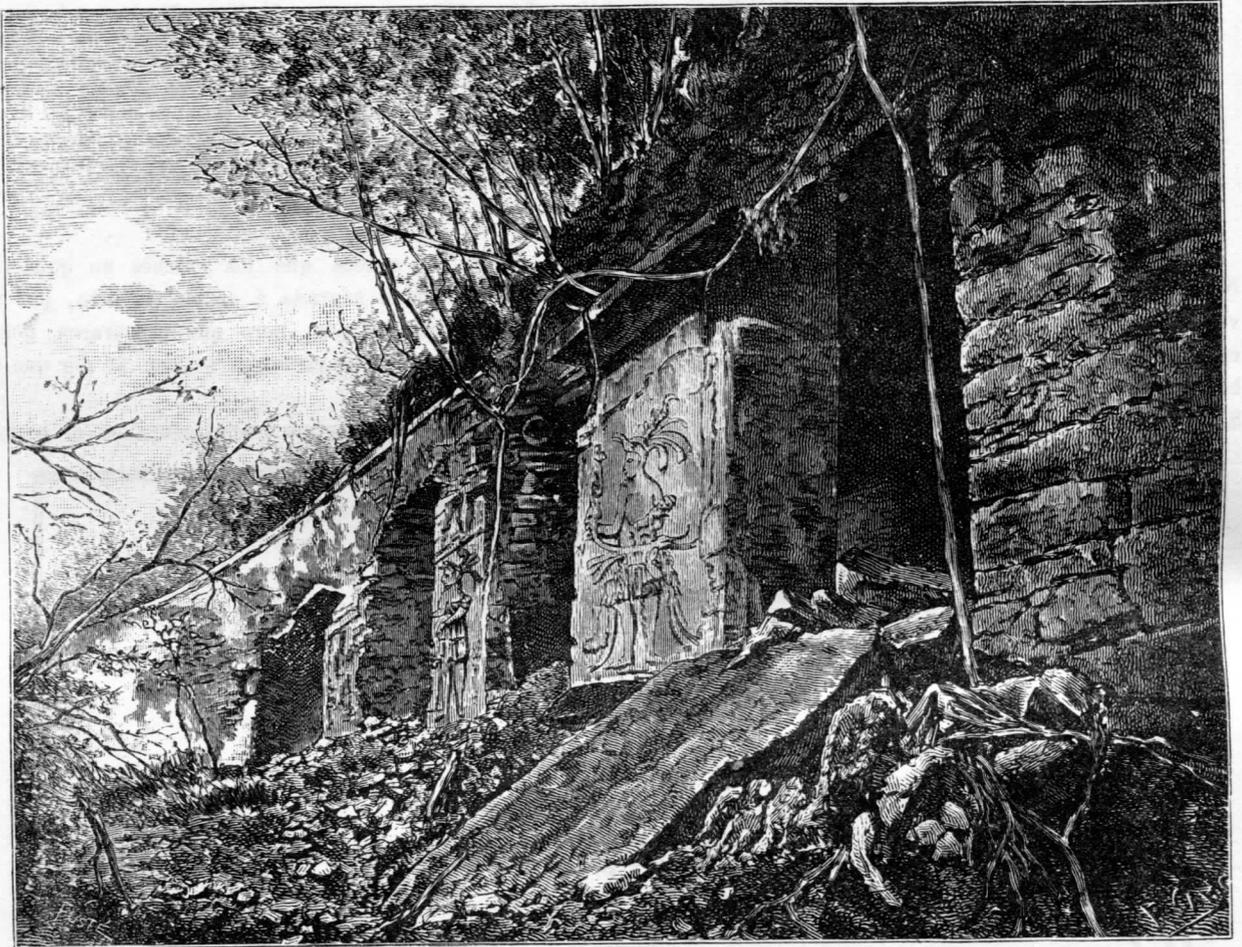
de los Tableros y el del Hermoso Relieve, que están á izquierda del río, y el de la Cruz que se levanta á la derecha. Agregaremos el del Sol, que está inmediato á éste, y el gran Palacio, del otro lado. Existen ruinas esparcidas de otros edificios que están casi desbaratados por completo ó enteramente sepultados en la maleza, y

M. Charnay nos comunicó que sería importante hacer en ellos una exploración cuidadosa; pero hasta ahora no encontramos verdadero interés más que en los cinco citados.

Nada tenemos que agregar sobre el de la Cruz, que acabamos de describir, sino que está á unoscientos

cincuenta metros al oriente del Palacio, aunque un poco más al sur. Respecto del templo de los Tableros ó de las Inscripciones, como le llama Charnay, añadiremos que éste logró reproducir por la fotografía sus jeroglíficos, en el último viaje que hizo á la ruinas, y que el tablero del fondo tiene diez metros cuadrados, según su medida, y de la copia fotográfica aparece que se forma de tres lajas ó piedras unidas. Este templo está al suroeste del Palacio y como á unos ochenta metros. Acaso archivo de los recuerdos históricos de aquel pueblo ó libro misterioso con páginas de piedra en que

estaban escritas las leyes ó las creencias religiosas, en ese templo se sustituyen las inscripciones á las deidades, y por su inmediación al Palacio sospecharíamos que fué como areópago ó tribunal y pudiera ser el templo en que iba á consultarse el horóscopo de los niños, pues en los relieves exteriores de los pilares las figuras de los estucos, á más de estar las cuatro en dirección de la entrada central, lleva cada una su ofrenda y á un niño en los brazos. De la parte exterior quedan no más los pilares con los estucos destruidos, el todo oculto casi en la maleza.



Vista del estado actual del templo de los Tableros

(De fotografía directa)

Por lo que toca al templo del Hermoso Relieve, está al sur del Palacio como á unos cien metros y á la orilla del río que á su planta hace un recodo de dos pequeños brazos. El templo del Hermoso Relieve es el más arruinado de los cinco monumentos: está sobre una estructura piramidal de cien piés de altura y tiene veinte de frente por diez y ocho de fondo. La pared de la fachada se ha caído, dejando descubierto el corredor. Los corredores, ó más bien los dos departamentos de este templo, están cubiertos por bóvedas triangulares que forman techos en declive. Ya hemos dicho que la parte principal del Hermoso Relieve ha desaparecido.

Inmediata á la pirámide del templo de la Cruz hay al suroeste otra de base más pequeña, pero casi de igual altura: en ella se levanta el templo del Sol, uno de los edificios más bien conservados de Palemke, el más notable por su ornamentación y muy parecido á su vecino de la Cruz, sobre todo en los pilares estucados y en el techo. Mide treinta y ocho piés de frente por veintiocho de fondo y tiene tres puertas ó entradas. Los pilares extremos llevan por adorno medallones de estuco y los de en medio figuras parecidas á las ya mencionadas. También el techo es una superestructura semejante á las que ya hemos descrito, compuesta de

trozos de piedra con grandes ornatos de estuco, muchos de los cuales representan figuras humanas viendo por las aberturas que forma la misma construcción.

El plano del templo es casi igual al de la Cruz: tres puertas dan entrada á un corredor ó primera pieza larga, de nueve piés de ancho, con piso de piedra, que por dos puertas laterales conduce á dos pequeños cuartos y por la del centro al altar. Aquí hay la diferencia de que la pieza del altar comunica con la pequeña de su derecha y que el edificio tiene dos ventanas en forma de *tau* por cada lado.

Los corredores están cubiertos con bóvedas triangulares, lo que produce la inclinación exterior del techo; pero como una sola pared divide á los dos, ésta se abre en declive á ambos lados para formar las dos bóvedas; de modo que desde la altura en que ellas comienzan va engruesando hasta tener en la parte superior casi el mismo ancho de la planicie del techo. En estos corredores, como en los de los otros edificios, se encuentran hoyos que, según Stephens, sirvieron para afianzar las vigas de los andamios empleados en la construcción; pero no se comprende cómo se dejaron sin tapar y en



Estado actual del templo del Sol  
(De fotografía directa)

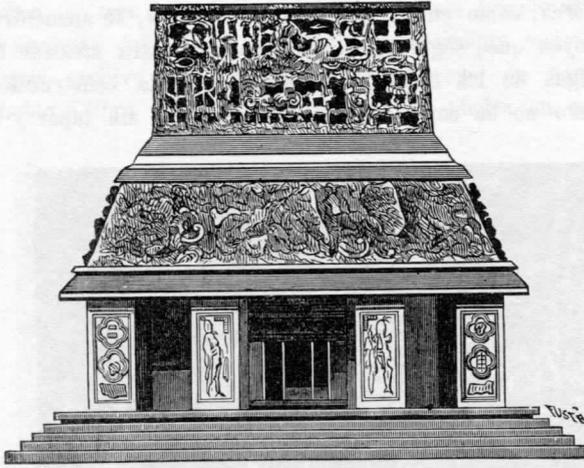
todos los templos. Creemos que servían de ventilas á las cámaras subterráneas, y por esta razón debemos suponer que también las había en el templo del Sol. La particularidad de este templo, de tener ventanas en los tres lados en que no había puertas, nos la explicamos; pues sin duda quisieron los constructores que mientras el sol estuviese en el horizonte, cualquiera que fuese su posición, entraran sus rayos en el santuario que le estaba dedicado.

La puerta del altar está frente á la principal de la entrada. Su parte superior tiene ricos adornos de estuco, y entre ellos quedan en los extremos unos que nos parecen de plumas, y que otros juzgan semejantes

á las alas de los globos egipcios. En los pilares había dos figuras en bajo-relieve iguales á las del altar de la Cruz. La cámara mide cuatro piés siete pulgadas de fondo por nueve piés de largo: no hay en ella pinturas ni adornos de estuco, pero en el fondo tiene un tablero de piedra, que lo cubre todo, de nueve piés de ancho por ocho de altura. El tablero se compone de tres lajas unidas: la escultura es perfecta, y se distinguen muy bien las figuras y caracteres. A ambos lados hay hileras de jeroglíficos. En el centro está la cara del sol, que bien lo muestra con la lengua de luz que sale de sus labios y con los rayos que la rodean. Dos estandartes que detrás de él se cruzan forman las

aspas y la figura del *nahui-óllin*. Debajo del rostro solar hay una ara con el símbolo del dios del fuego, con cuatro divisiones referentes á los años y demás períodos cronológicos y con nueve puntos que son signos también de la cronología. Sostienen el ara con una mano y la espalda dos figuras sentadas á la oriental que se apoyan

espaldas de dos figuras extrañas. El ser el de la derecha del astro, aunque igual al que se ve en el relieve



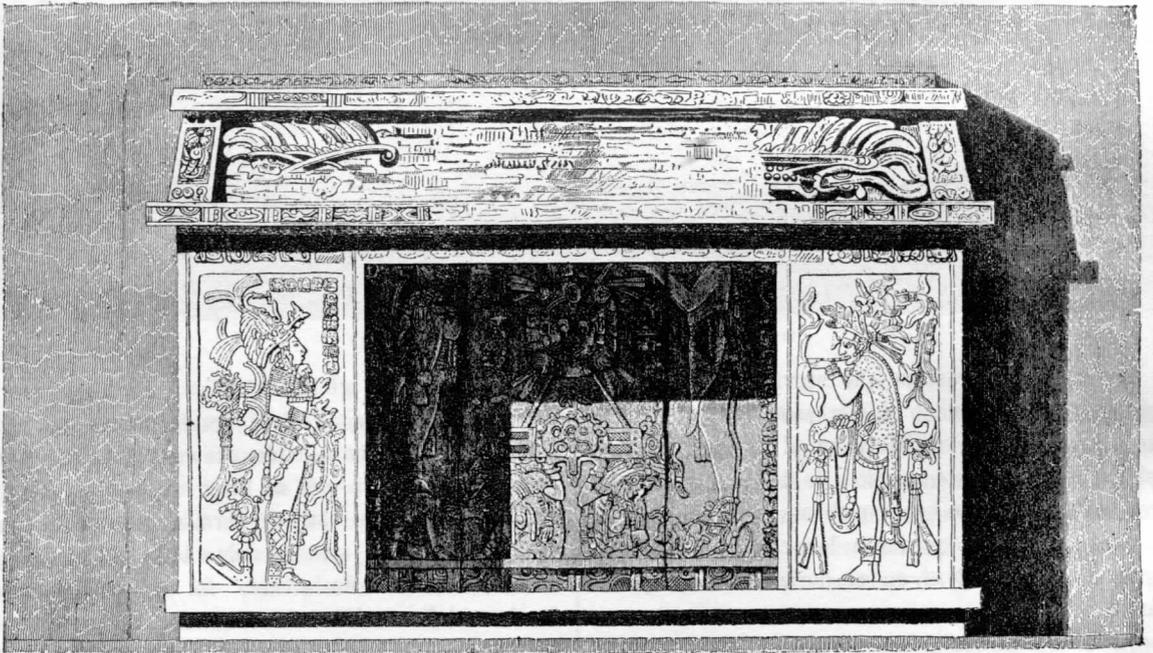
Restauración del templo del Sol. (Según Stephens)

en el suelo con la otra mano; ambas llevan máscaras sagradas y pieles de *océlotl* á la espalda. Representan al *Ometecuhltli*, como las dos caras que están en nuestra piedra del Sol y las dos figuras de la pintura respectiva del código Bodleiano. A los lados del sol están los mismos personajes del relieve de la Cruz, solamente que aquí los dos hacen ofrendas y ambos están sobre las



Corredores del templo del Sol

de la Cruz, menor de tamaño que el de la izquierda, y el llevar el signo cruciforme de *Quetzalcoatl* y



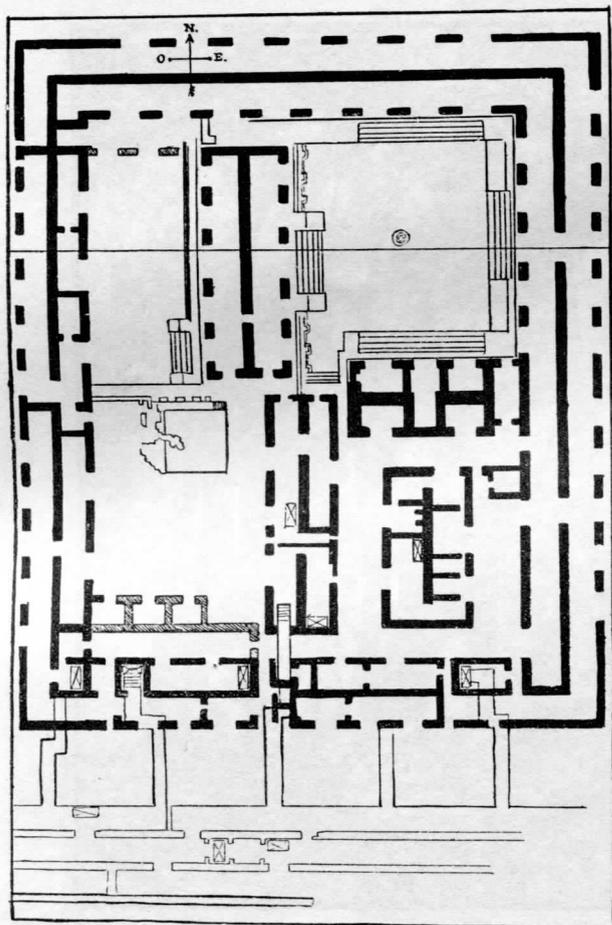
Altar del templo del Sol. (Según Stephens)

tenerlo además en el jeroglífico que está frente á él, nos hace pensar que ese personaje bien puede ser representación de la estrella de la mañana, que aquí se pone acompañando á la de la tarde, y ambas al sol,

para significar toda la combinación cronológica de los nahoas.

Bastaría este solo relieve para conocer que la religión nahoa fué introducida en la región quiché y con ella el culto del sol.

Pero si los cuatro monumentos de Palemke, de que ya nos hemos ocupado, son importantísimos, creemos que el principal y tal vez la más notable de todas las antigüedades americanas, es el Palacio, morada del rey-sacerdote, residencia del supremo Votan. Levántase en

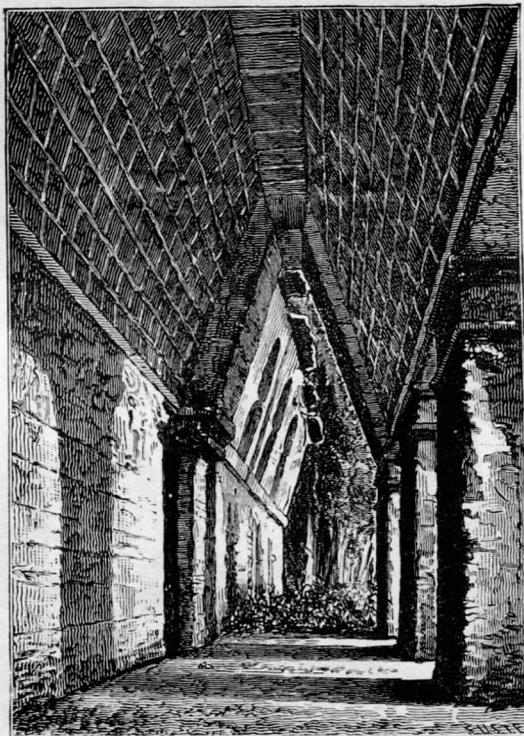


Plano del palacio de Palemke

una pirámide de base cuadrangular de doscientos sesenta piés de ancho por trescientos diez de largo, y como cuarenta de altura: esta construcción era de gradas y hay además en ella señales de dos amplias escaleras al oriente y al norte. La oriental, que es la única cuya existencia está bien comprobada, conserva huellas de haber estado dividida en dos por un muro perpendicular. La pirámide es de tierra revestida de piedras cortadas á escuadra; pero los muros principales suben desde el fondo de ella formados de estas piedras.

Sobre la plataforma y dejando un espacio de dos varas por lado se eleva el Palacio en un perímetro de trescientas veinticuatro varas y treinta de altura: sus muros maestros, formados de piedra, cal, arena y yeso,

tienen vara y media de grueso; las puertas de cuatro á cuatro y media varas de ancho y de cinco á cinco y media de altura. Sobre los muros se elevan bóvedas triangulares que forman techos inclinados por dentro y por fuera del edificio y corredores dobles como los que ya hemos descrito. Los arcos son arábigos ó de hoja de trébol, y la fachada, de la cual se ha caído gran parte, se componía de una serie de pilares anchos que formaba como unas cuarenta puertas; de modo que bien puede decirse que el edificio estaba rodeado de pórticos. Bancroft da á las entradas solamente nueve piés de ancho por ocho y medio de altura; así como señala por medidas del edificio ciento ochenta piés de ancho por



Interior de la galería del Palacio  
(De fotografía)

doscientos veintiocho de largo y treinta de altura, las que preferimos á las de Dupaix, antes mencionadas, y se aproximan más á las de Stephens. Lo alto de las puertas era plano; pero los dinteles, que acaso eran de madera, han desaparecido. Del Río encontró uno formado con una sola piedra de cinco á seis piés puesta sobre dos pilares. El canónigo Ordóñez dice expresamente que eran de cedro y que donde se conservaban se sostenían bastante bien los edificios. La pared exterior estaba cubierta de estuco y pintada de vermellón, y todavía quedan señales de una cornisa volada que encima de las entradas ó puertas rodeaba el palacio: se observan en ella á intervalos agujeros, que algunos suponen servían para colocar maderos y en ellos toldos; pero creemos que no tenían más objeto que ventilar mejor las habitaciones. Naturalmente, en el patio interior

patio interior la construcción presenta la misma forma que en el exterior: pilastras de que parte un techo inclinado. Lo han confirmado las fotografías que últimamente han podido sacarse.

La fachada principal daba al oriente, y es la peor conservada. De los pilares apenas quedarán unos quince en pie; y no hay duda de que todos estaban cubiertos con figuras de estuco en bajo-relieve. Dupaix y Waldeck nos han conservado los dibujos de algunas; pero por las fotografías que no há mucho se

sacaron de las fachadas, se ve que han desaparecido y que sólo quedan algunas pilastras más ó menos maltratadas y trozos del techo en que crecen ya parásitas y arbustos. Los estucos tenían grupos de figuras humanas, siempre de perfil, en diferentes actitudes y con diversos vestidos, adornos é insignias, viéndose sobre cada tablero tres signos jeroglíficos, que sin duda les servían de leyenda. Aquí, más que en las otras figuras, llama la atención el exagerado ángulo facial y lo aplastado del cráneo en su parte posterior; pero recordemos



Fachada del palacio de Palenke

(De fotografía)

la costumbre maya, hábito de la raza, de comprimir contra una tabla la cabeza de los niños recién nacidos.

De los estucos, cuyos dibujos se sacaron, el más notable está dentro de un cuadro con ricos adornos, de los que se conserva una parte. El principal personaje está de pie en el centro. Tiene una hermosa mitra de plumas y en la mano izquierda lleva un cetro ó báculo con un rico penacho adornado con el símbolo del aire, lo que es bastante para que conozcamos á *Gucumatz*, cubierto con capelina el pecho y la cintura con una á manera de enaguilla de piel de *océlotl*. Dos personajes están á sus piés y como en adoración, sentados á la

oriental. Stephens advierte que el estuco es de una admirable consistencia y duro como piedra, y que los tableros estuvieron pintados, pues en éste descubrió restos de rojo, azul, amarillo, negro y blanco.

La entrada del palacio está por el lado de oriente, pero no en el centro sino algo á la izquierda de la fachada y no se distingue por su tamaño ni por un adorno superior, sino por una hilera de escalones que llegan á ella. Las entradas no tienen puertas ni se encuentran restos de ellas; pero hay que suponer que eran de madera y desaparecieron como los umbrales, pues en el grueso de las paredes hay de cada lado tres agujeros de ocho á diez pulgadas cuadradas con una piedra

cilíndrica como de dos pulgadas de diámetro, en la cual debieron asegurarse aquéllas.

Penetremos en el interior. Hemos hablado ya de los dos corredores abovedados que rodean el edificio: el primero es todo corrido y forma un verdadero pórtico; lo separa del segundo una pared corrida con una puerta frente á la entrada principal y otra en el lado opuesto. Los corredores tienen nueve piés de ancho y su piso es de un cimientto tan duro, que Stephens lo compara al mejor de los baños y cisternas de Roma.

Los muros son de unos diez piés de altura, estucados y adornados en las entradas con medallones, de los que apenas quedan los bordes. En la pared de separación hay aberturas para la ventilación como de una tercia, unas en forma de cruz griega y otras de *tau* egipcio. Según el manuscrito de Ordóñez, en línea recta de la clave de cada una de las bóvedas que cubren el edificio y en los umbrales de sus galerías, se conservaban todavía en su tiempo varias argollas para colgar lámparas que alumbrasen los departamentos. El corredor



Fachada oriental del patio de las esculturas colosales  
(De fotografía)

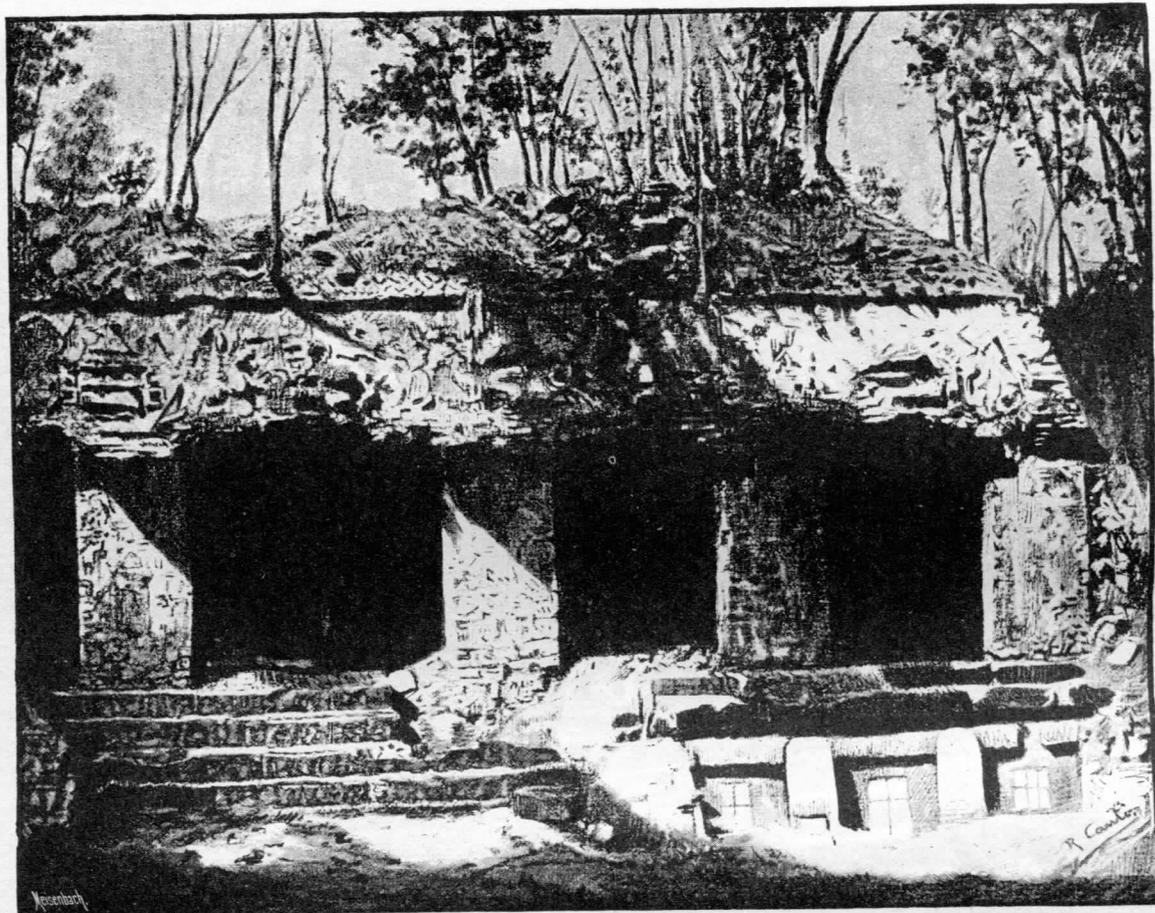
interior está dividido en piezas, y por lo mismo no presenta pilares en toda su extensión; pero sí en la parte que corresponde á la entrada principal. De la puerta del centro baja una hilera de cinco escalones de piedras labradas, cada uno de treinta piés de largo, que dan á un patio rectangular de setenta piés de ancho por ochenta de fondo. Esa fachada interior muestra la particularidad de tener una ventana de la misma forma de trébol de los arcos, y á los lados de la escalera, dándole la espalda, unas figuras gigantesas esculpidas en bajo-relieve en piedra, de tres metros de altura; y aunque no bien dibujadas como las otras figuras de que

nos hemos ocupado, tienen expresión y los labios abiertos como semejando hablar.

El patio parece que estaba rodeado de habitaciones destinadas á dormir, según Stephens. Están ya muy destruídas las galerías que daban á él; pero á más de los pilares y escalera de que acabamos de hablar están en pié aún tres pilastras del lado sur y las del ala occidental con su escalera respectiva. Al lado de ésta hay también figuras esculpidas, pero no están unidas como las del frente, sino separadas simétricamente por cuadrados con jeroglíficos. Las piedras de esta escalera en parte tienen labrados jeroglíficos.

La escalera conduce á un cuerpo interior compuesto de dos galerías con pilares á uno y otro lado y divididos por un muro que los comunica por una sola puerta. El ala posterior da á otro patio que llega á los corredores que circunvalan el palacio en su esquina noroeste. El segundo patio mide ochenta piés de largo por treinta de fondo. El piso del ala es diez piés más alto que el del patio, y en la pared que media entre ellos hay piedras cortadas á escuadra y labradas con jeroglíficos. En los pilares hay restos de figuras de estuco.

Las galerías exteriores quedan, como se ha indicado, del otro lado de este patio: la primera está dividida en tres piezas, con puertas en sus extremidades que dan al corredor exterior. Todos los pilares de éste existen, con excepción del de la esquina. Stephens dice que tienen ornatos de estuco y jeroglíficos, y reproduce tres tableros con figuras. Por la fotografía de ese lado, sacada há poco, se observa que la fachada occidental es la mejor conservada, pero que sus estucos están casi destruidos. Ya lo estaban bastante cuando los vió



Fachada occidental, de los jeroglíficos

(De fotografía)

Stephens allá por el año de 1840, y nos valdremos del dibujo de Waldeck, que todavía lo alcanzó íntegro, para describir el que en nuestro concepto es más importante. Representa un grupo de un hombre y una mujer que tienen una culebra, la primera con ambas manos y el segundo con la izquierda. La mujer lleva por tocado una gran mitra con adornos de malla, y un plumero atrás, que le baja hasta la parte posterior del cuello; en éste luce una gargantilla de perlas y pendientes en las orejas. Cubre el cuerpo con una camisa con puños, tan estrecha que deja ver las formas perfectamente; y en el dibujo de Dupaix muestra un paño también de mallas sobre el pecho, que Waldeck suprimió no sabe-

mos por qué motivo. La enagua llega á la rodilla y está también adornada con mallas y perlas ó piedras en los extremos de los cuadros, y tiene abajo un fleco que bien pudiera ser de plumas. Tiene el indispensable *maxtli* y la pierna y pié desnudos. El hombre, de aspecto juvenil y hermoso, ostenta un gran tocado de plumas, gargantilla de gruesas piedras con medallón, camisa con puños y calzón estrechamente ajustados al cuerpo, sandalias con elegantes correas, y enaguilla de mallas y flecos con lujosísimo *maxtli*. ¿Qué puede representar tan admirable grupo? Nada osaríamos afirmar; pero llama la atención que esté en el lado occidental, cuando en ese rumbo brilla la estrella de la tarde, lo mismo que la

culebra de lengua bífida y penacho de plumas, y el tocado y la figura del hermoso joven, que recuerdan las representaciones de *Gucumatz* ó *Cu-chul-chan* como quiere Ordóñez. Más adelante encontraremos una fábula de amores de la estrella de la tarde y de la tierra, y no olvidemos que ésta tenía también el nombre de *Coatlícue*, referente á la culebra.

Inútil sería ocuparnos de las otras partes del edificio en que se suceden corredores con bóvedas á patios y salones con estucos ó pinturas, todo en

verdadero estado de ruina, y así sólo hablaremos de la torre y del templo interior y sus subterráneos. La torre, que hoy es solamente de dos cuerpos, tuvo cuatro pisos: su base mide unos treinta piés por lado, y la altura de la parte que existe tendrá cincuenta. Los cuerpos van de mayor á menor siguiendo la misma idea y forma de la pirámide de pisos. Del Río le da diez y seis varas de elevación y cuatro cuerpos, y supone que tendría un quinto con su bóveda. Las escaleras de la torre corren inmediatas á las paredes,

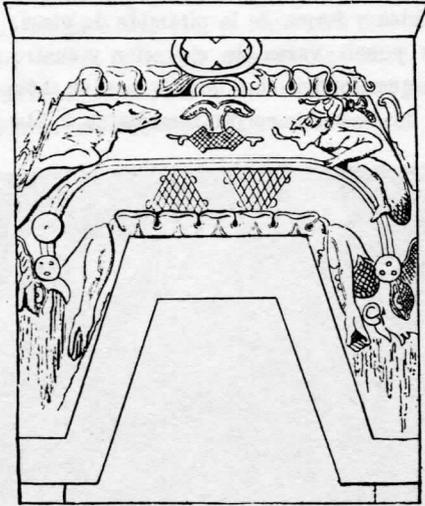


Fachada del Sur  
(De fotografía)

pues el centro es macizo, por lo que Waldeck la llama *obra maestra de combinación estratégica*, en que un solo vigía podía defenderla del asalto de cien hombres; y la compara, por los arbustos que en su parte superior han crecido, con un navío de alto porte que con velas desplegadas desafiase las lluvias y las tempestades. El templo queda frente á la torre hacia el oriente y se compone de dos salas, una ricamente decorada con pinturas en estuco, y en el centro un tablero elíptico muy notable. Este bajo-relieve está labrado en piedra, es de tres piés de ancho por cuatro de alto, y tiene dos figuras. La principal es la misma del Hermoso Relieve, y como ella está en un trono de dos *océlotl*; pero aquí

tiene sentada enfrente á la misma mujer del tablero antes descrito, que le presenta un tocado formado de una calavera, un morrión de plumas y otros adornos extraños. Según el dibujo de Dupaix, tenía alrededor un marco con ornamentación de estuco, y debajo una orla con dos cruces de aspas y tres jeroglíficos, y una mesa de altar con el borde labrado, que se apoyaba en dos piés con figuras esculpidas. Continuamos creyendo que es la representación de *Gucumatz*, al cual la tierra le da la calavera, símbolo de la estrella de la tarde, para que la mude por su rostro joven, que lo es de la de la mañana, pues tornado en aquélla se hunde en esa tierra como en amante y tiernísimo abrazo. Nos auto-

rizan á esta interpretación, tradiciones y jeroglíficos de que más tarde nos hemos de ocupar. Ordóñez afirma que esa figura, repetida en los dos medallones era la de *Votan*. Ya hemos dicho que éste se confundió con *Quetzalcoatl*.



Puerta del subterráneo

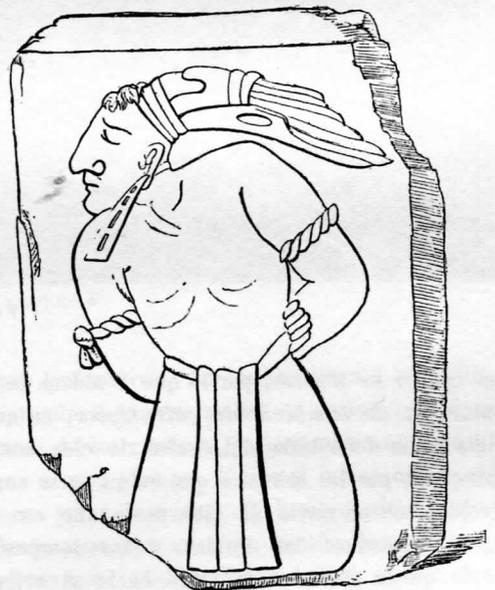
Da razón Dupaix de que en el mismo departamento en que está el relieve se encuentra una entrada para varias galerías subterráneas. La entrada está en el suelo y se baja por una estrecha escalera de dos tramos que tiene una puerta en el descanso; sobre esta puerta estaba un curioso relieve en estuco, y aunque Dupaix nos habla de dos puertas y de dos relieves, el que nos ocupa nos dará idea suficiente del objeto del subterráneo. Éste se compone de tres corredores paralelos que se comunican, y que, según Dupaix, conducían á otras galerías que no pudo visitar por los derrumbes. Stephens dice que no son tales subterráneos, pues tienen ventanas que dan al patio, y no son más que un primer piso debajo de los corredores, aunque en algunas partes son tan oscuros que se necesita luz para andar por ellos. No tienen bajo-relieves ni adornos de estuco, y solamente unas camas de piedra. Waldeck habla de algunos de estos lechos en las piezas superiores, con la particularidad de que á los piés de dos de ellos hay trampas para bajar al subterráneo; dice que en éste sólo encontró tres camas de piedra, de las que una estaba ricamente esculpida, y que por sus exploraciones se convenció de que hay galerías por debajo de todo el palacio. Stephens opina que eran piezas para dormir. Es lo que menos podemos figurarnos, pues la piedra no nos parece á propósito para camas. Waldeck dice que sacó de ahí algunas lápidas pequeñas con jeroglíficos, y Dupaix trajo dos, que están ahora en el Museo.

Tres objetos podemos suponer á los subterráneos: ó que sirvieran de cámaras sepulcrales, ó de conductos secretos para hacer hablar á los dioses, ó de lugares ocultos para sus misterios y acaso para sus sacrificios.

Su empleo para fingir á los creyentes la voz de su dios, no puede dudarse en nuestro concepto, siquiera sea por lo que en los otros templos hemos observado, y porque las galerías caen debajo del relieve de su deidad. A más, en el patio principal hay un departamento que ve al norte, compuesto de cinco piezas, una en medio que ocupa hasta el fondo, y dos á cada lado de ésta: en aquélla había una rica ornamentación de estuco, hoy destruída, y debajo de los adornos estaban ocultos unos conductos acústicos de barro, de que también da cuenta Waldeck; de manera, que no podemos dudar de este primer objeto.

En cuanto á que sirvieran de cámaras sepulcrales, lo autoriza lo que en otras pirámides hemos observado. Además, Del Río y Ordóñez dan noticia del subterráneo, y el primero encontró un esqueleto en una olla de barro. Este hallazgo, sobre probar otro de los objetos de las galerías, acredita que los invasores introdujeron con la religión nahoá sus ritos funerarios, y esta manera de enterramiento de los huesos en ollas. Pero esto significa más, así como otros objetos allí encontrados, tales como lanzas de pedernal, cuchillos y navajas de *chaya* ú obsidiana, y vasos de barro con tapa que contenían piedrecillas y bolas de vermellón. Advirtamos que el vermellón era tan raro, tan exquisito, tan precioso, y por lo mismo tan codiciado, que sólo usaban de él para pintar á sus dioses y para decorar sus templos, ó para embijarse en sus ritos ó al ir á la guerra.

Ya comprendemos que en los subterráneos se



Piedra de Tonila

celebraban los ritos de los misterios, pero agreguemos que ahí se hacían sacrificios. Al primer culto de los animales y al antiguo rito sangriento, se había sustituido la religión de los astros. Algo de paz y de

serenidad en las creencias palemkanas se desprende de sus mismos templos y de sus mismas deidades. Son éstas bellas de rostro y proporcionadas de cuerpo; lujosa y elegantemente ataviadas, se nos presentan en posturas agradables, sin que revelen en nada la sangre derramada en el sacrificio ó la penitencia; y era que los nahoas no conocían esos ritos bárbaros. Muy ligeras señales de ellos encontramos en el templo de la Cruz. Además de la ofrenda de un niño que se hace en el relieve á la deidad, la plataforma sostenida por caríatides indica que allí se practicaba una solemnidad pública. Lo pequeño de los santuarios está revelando que en Palemke había dos cultos: el del pueblo y el de

los iniciados. El primero se celebraba en plazas que estaban abajo de los santuarios; frente al Palacio había una muy extensa: el segundo dentro de los mismos templos. La costumbre de sacrificar niños al dios de las aguas persistió hasta los últimos tiempos de los mexica. En el principio acaso fué tan sólo un niño al comenzar la estación de las lluvias. Era una condescendencia de la nueva religión con el antiguo rito, que debió practicarse en aquella plataforma, en presencia del pueblo agricultor que venía á la ciudad sagrada á pedir las aguas del cielo para sus campos. La otra huella de sacrificios se encuentra en el mismo templo, y consiste en unos canes de piedra que hay en los pilares y que



Baile oriental

algún escritor supone que servían para sentar y atar á la víctima destinada al suplicio. En Tonila, ciudad que está en la misma región, se ha encontrado una escultura que parece confirmarlo. Es una figura labrada de relieve en una piedra compacta de color gris oscuro; representa tener las manos atadas por la espalda, y se ve claramente el lazo que lía sus brazos. Su postura es incómoda; tiene su cuerpo desnudo, salvo el *maxtli*; lleva un tocado que recuerda el de las calaveras de Didjáz, y aparece con los párpados cerrados, manera jeroglífica de significar la muerte.

Tendremos entonces, como resultado de lo dicho, que el culto público exigía uno que otro sacrificio; pero lejos de ser sangriento, consistía más bien en cantos y danzas sagradas, á las que convidaban las extensas plazas que había al pié de las pirámides. En sus cantos

guardaban la historia de sus pueblos y de sus héroes, ó repetían las leyendas astronómicas que velaban los mitos de su religión. En cuanto á los bailes, celebrábanse en esas grandes plazas formando los danzantes un círculo, dentro del cual estaban los que tocaban los instrumentos músicos. Más tarde daremos razón de sus pormenores; ahora nos limitaremos á decir que se formaba el círculo de bailadores, de hombres y mujeres con sonajas en las manos; lo que es bastante para que afirmemos que esas danzas circulares tuvieron su origen en la región del Sur, por su estrecha semejanza con las asiáticas, en que los danzantes también bailan alrededor de dos músicos, haciendo ruido con unos palitos que llevan en las manos. Compárese con esa danza la que está representada en la pintura 76 del códice Borgiano y se notará la gran semejanza; hombres

y mujeres bailando en círculo y golpeándose unos á los otros en las palmas de las manos, mientras en el centro tocan dos músicos sus instrumentos.

Entre los bailes había uno muy curioso, que se encontró en uso en los pueblos mayas. Se plantaba un madero de quince ó veinte piés, y de su punta se ataban treinta ó más cordeles, según el número de danzantes, todos de colores diferentes. Cada uno tomaba la extremidad del suyo, y comenzaban á bailar al son de los instrumentos y de los cantos, cruzándose con tal destreza, que hacían sobre el madero un hermoso tejido con los cordeles, en el cual formaban preciosas labores, combinando los colores perfectamente. Encontramos un baile en los quichés que no há muchos años vimos

todavía: llamábase *vugh*, y consistía en dar vueltas á un palo con los piés. Con el mismo nombre hallamos á una de las deidades creadoras, al supremo dios zorra.

En cuanto al culto privado, ó era el de los creyentes que iban á consultar á los dioses ó el de los iniciados que con los sacerdotes celebraban sus misterios. Que éstos hubieron de consistir en la persistencia en el rito antiguo, lo acreditan las constantes luchas religiosas de que tendremos que ocuparnos á cada paso, y de ese rito formaban parte muy principal los sacrificios. Principian á mostrarlo los relieves de la puerta que conduce al subterráneo. Están aproximándose á un signo extraño, que por nuevo símbolo de la priapea podría tomarse, de un lado un hombre de



Pintura 76 del códice Borgiano

desagradable fisonomía, cuyo cuerpo más bien parece de animal, y del otro un coyote ó lobo con piernas humanas; en esto bien se ve la continuación de la zoolatría, pues debajo de cada una de esas figuras hay un brazo con un trozo de cuerpo despedazado y sangrando, señal bastante clara de los sacrificios.

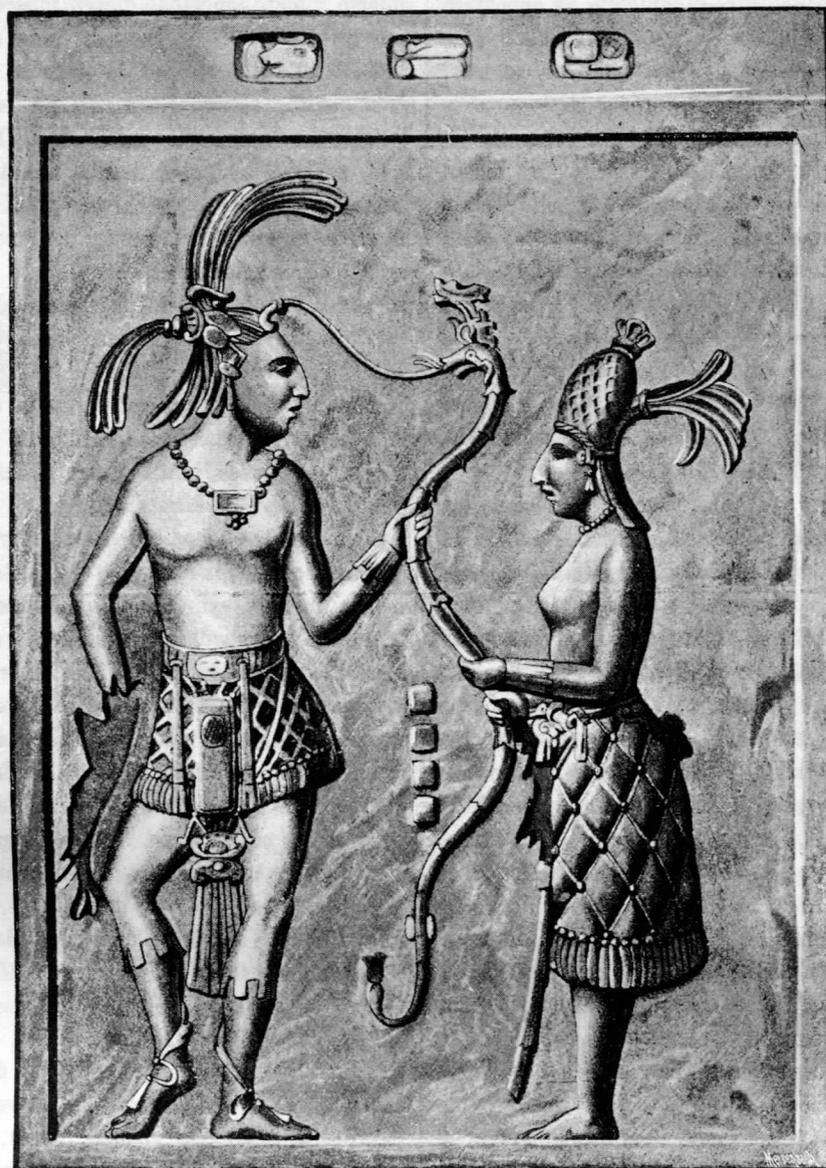
Ya percibimos ahora que los huesos que en la olla se encontraron eran de una víctima cuya carne se habían comido los creyentes. Y no nos espantemos de esto: los pueblos no han comenzado por la perfección moral, y en el Egipto y en las antiguas naciones del Asia existieron los sacrificios. Que se acostumbraron en nuestras viejas civilizaciones no puede negarse; pretenderlo sería adulterar la historia sin provecho, pues nos desmentirían á cada paso las pinturas y los monumentos. Pruébanos que se practicaba ese culto sangriento en los subterráneos, el hallar en ellos esas pretendidas camas, que no son otra cosa que las mesas de piedra que servían para los sacrificios en la región del Sur, y que encontraron en uso los españoles en la laguna del Peten. Por eso hay en los subterráneos cuchillos de

pedernal, para abrir el pecho á las víctimas y arrancarles el corazón y bolas de vermellón para embijarse, ya que en la vida común no lo usaban los palemkanos, según se ve de sus mismos estucos.

Pero si en el misterio persistían algunos ritos del antiguo culto, la invasión había introducido el culto nahoa. Esa invasión fué de efectos benéficos en la región del Sur y la comparamos á la de los bárbaros en Europa, que por aquellos mismos años tenía lugar. Acaso los meca traían más barbarie que cultura, pero en cambio eran raza más vigorosa que venía á infiltrar nueva vida en la maya-quiché, gastada ya por el lujo y la molicie, y embrutecida por la superstición y el fanatismo. Debió ser la conquista fácil, casi sin combate; y á poco vencidos y vencedores, contribuyendo éstos con su nuevo impulso y aquéllos con su vieja cultura, formaron un nuevo pueblo, el que mayor adelanto alcanzó en nuestra historia antigua, y el cual en sus diversas manifestaciones nos sorprende, desde Palemke hasta Tóllan. Después, ya no habrá razas nuevas que cruzar con las viejas, y empezará la decadencia.

La introducción de las nuevas ideas y el recuerdo de la invasión, se encuentran en el *Popol Vuh*, aunque velados con las acostumbradas leyendas. Dice Burgoa que los habitantes de Didjazá eran muy dados á la metáfora, y en general todas las relaciones que hacían referencia á la religión y á la cronología, convertíanse en manos de los sacerdotes en relatos extraños y alegó-

ricos, cuyo sentido no era dable conocer á la multitud. En el libro sagrado de los quichés enciérrese la tradición en la leyenda de las creaciones. Hechos primeramente los animales, como no pudiesen hablar, no dejaron á los dioses satisfechos de su obra; y así fueron comidos y muertos todos los animales de la tierra. Después se hizo un hombre de tierra, pero estaba



Estuco del palacio de Palenke

(Dibujo de Waldeck)

blando y se desbarataba; hablaba, pero no tenía entendimiento, y no contentos los creadores, lo desbarataron; entonces *Hurakán*, *Tepeu*, *Gucumatx* y *Chirakan-xmucane* se juntaron y echaron suertes con maíces y *tzités*, y preguntaron si debían hacer al hombre de palo: el maíz y el *tzité* respondieron que lo hicieran y que en labrándolo hablaría el palo; y fué hecha la imagen del hombre de palo y habló como hombre. Se multipli-

caron y fueron muchos; pero aunque hablaban, tenían seca la cara y pesados los piés y las manos y no adoraban á sus creadores; por lo que fueron acabados y destruídos y muertos todos esos hombres de palo.

Aquí vemos ya la creación de los primeros hombres con inteligencia, es decir, la primera raza histórica: los llama de palo la leyenda porque los quichés se decían hijos de los árboles. Los animales y los hombres

de tierra corresponden á los pueblos anteriores, que encontró la raza maya-quiché al llegar á aquellas regiones. El *Popol Vuh* une al vencimiento de esta raza las tradiciones cosmogónicas de los nahoas introducidas por los vencedores. Refiere que cayó un gran diluvio sobre los hombres de palo y que era de corcho la carne de los hombres y el corazón de las mujeres de espadaña. Esta catástrofe corresponde al *Atonatiuh*. Después cayó gran resina y pez del cielo, y un pájaro llamado *Xecobtovuch* vino y les sacó los ojos, y vino otro que se llamaba *Camulotz* y les cortó las cabezas, y luego *Cotzbalam* les comió las carnes. Esto corresponde al *Tletonatiuh*. En seguida se oscureció la tierra, y todo género de animales y piedras les daban en el rostro á los hombres; y andaban corriendo desatinados y querían subirse sobre las casas y se les caían las casas; y querían subirse sobre los árboles y se les caían los árboles; y fueron destruidos; y quedaron como señal de esas gentes los monos que andan por los montes; y *el mono por eso se parece al hombre porque es señal de otro género de hombres hechos de palo*. La presencia de estos monos en esa edad nos revela su relación con el *Ehecatonatiuh*.

Como en esa sazón aun no se introducía la religión de los astros en la región quiché, dice el *Popol Vuh* que no había sol y que se ensoberbecía *Vukub-caquix* ó siete guacamayas, personaje que representa la vieja zoolatría. A este propósito entran varios escritores en larguísimas discusiones sobre *Xibalba* y sobre los personajes *Hun-hapú* y *Xbalamke*. Hay quien cree ver en todo esto una historia de conquistas de la misma ciudad de *Palemke*; pero la verdad es que nosotros no vemos más que una leyenda religiosa, aunque mezclada con algunos recuerdos históricos, y que el misterioso *Xibalba* no es más que el *Mictlán* nahoas, el lugar de los muertos. Parece que la fábula hace relación á los xicalanca cuando pusieron la cabeza de *Hunhunahpú* en un horcón y allí fructificó *xicalli*, y parece que la doncella *Xquic*, sangre, representa á la raza primitiva que se mezcla con la invasora. Acerca de esto, dice la leyenda, que curiosa aquélla de ver un árbol de frutos tan hermosos, fué á conocerlo, lo que dió ocasión á la calavera, que estaba ahí clavada, para preguntarle si deseaba un *xicalli*, y habiendo contestado la doncella que sí, le dijo que extendiera su mano derecha y sobre ella echó saliva, con lo que *Xquic* resultó madre. Bien claro se ve al través de esta fábula el cruzamiento de las dos razas. De la llegada de los meca se da noticia en otro lugar, donde se cuenta que los animales, la raza primitiva, se presentaron delante de *Hun-Ahpú* y *Xbalamke*, la raza invasora, y al verlos les decían todos aquellos animales: *Yachisché Yachiscaam*, que significa *párense palos y mecates*, haciendo referencia á quichés y meca, y la hacen después más especial á los ulmea al dar cuenta del hallazgo del hule.

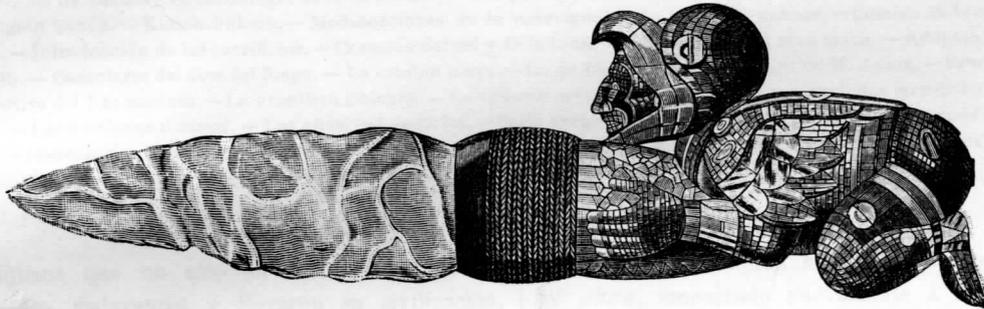
Toda la leyenda del *Popol Vuh* puede reducirse á pocas palabras. *Xpiyacoc* y *Xmucane*, la luz y las tinieblas de los nahoas, tuvieron por hijos á *Hunhunahpú* y *Vukub-Hun-Ahpú*, un sér sobrenatural y siete veces un sér sobrenatural. El primer hijo, *Hunhunahpú*, fué el sol, que en la noche se hundió en el lugar de los muertos, *Xibalba*. Los señores de este lugar tenebroso, llamados *Hun-Came* y *Vukub-Came*, un muerto y siete muertos, dieron muerte á *Hunhunahpú*; pero ya vimos que de la saliva de su calavera tuvo la doncella *Xquic*, que es la tierra, dos hijos llamados *Hun-hapú*, *el sobrenatural*, que es el día, y *Xbalamke*, *la tigre*, que es la noche. Estos dos vencieron á los señores del lugar de los muertos, como representantes que son de la cronología y del tiempo: *Xbalamke* se fué entonces al firmamento y se convirtió en innumerables astros; pues es la estrella de la mañana seguida de todas las de la noche, cuando el cielo negro tachonado de astros semeja inmensa piel de tigre, según la figura del códice de Cuauhtitlán. *Hunhunahpú* fué á habitar al sol y *Vukub-Hun-Ahpú* á la luna.

Ya se verá que *Xibalba* no es una ciudad ni una nación y que es inútil andar buscando sus analogías con *Palemke*. La fábula anterior no es otra cosa que la leyenda de las ideas astronómicas y cronológicas de los nahoas, que los invasores habían introducido en la región quiché, y *Xibalba* es solamente el *Mictlán*. Bien lo confirma la bajada que á él hicieron los dos hermanos *Hun-Ahpú* y *Xbalamke*. Pasaron primero un río en una barranca y un río de materia y otro de sangre que correponden al *Chicunahuápan* del camino de los muertos, ayudados de unos pájaros llamados *molay*, que sustituyen al perro de los nahoas en el paso del *Apanahuayo*. Luego llegaron á una encrucijada de cuatro caminos: uno negro que daba al norte, uno amarillo al oriente, uno blanco al poniente y uno rojo al sur. De allí mandaron al animal *Xan*, que recuerda al techichí, á morder á *Hun-Came*, *Vukub-Came*, *Xiquiripat*, *Cuchumaquic*, *Ahalpuk*, *Ahalcana*, *Chamiabac*, *Chamiaholom*, *Patan*, *Quicxiq*, *Quicrixcac* y *Came*, que eran los doce señores de los muertos. Después entraron en la casa oscura y de ahí pasaron á la de las navajas, *chay*, ó de obsidiana, en donde querían que fuesen cortados por ellas, que era el segundo castigo de *Xibalba*, según el *Popol Vuh*, y es uno de los pasos del camino nahoas de los muertos, el *Itztépell*. Pasaron luego á la casa del frío, que son los páramos *Cehuécáyán* é *Itzehecáyán*, y de ahí á la casa de los tigres para que se los comiesen, que es el *Teocoycalóyan*, y finalmente á la casa del fuego y de los murciélagos, que aquí sustituyen al *Izmictlanapochcalocca*. También aparecen los tres lugares nahoas de los muertos, el *Mictlán* ó *Xibalba*, que es la tierra, el sol adonde fué á habitar, *Hunhunahpú*, y la luna á que subió, *Vukub-Hun-Ahpú*.

Hé ahí cómo caen por tierra todas las invenciones de batallas y conquistas, y nos encontramos solamente con la introducción de las ideas nahoas en el territorio quiché, que se nos presentan con bastante claridad á pesar de las modificaciones que necesariamente debían sufrir al pasar á otro pueblo.

También fray Bartolomé de Las Casas nos da noticia de la leyenda quiché, relacionándola á la ciudad de Utlatlán en Guatemala. Cuenta que allí nació un dios llamado *Exbalanquen*, que fué á hacer la guerra al infierno y peleó con toda la gente de allá y los venció; y prendió al rey del infierno y á muchos

de su ejército; y vuelto al mundo con su victoria y la presa, rogóle al rey del infierno que no lo sacase porque estaba ya á tres ó cuatro grados de la luz; y el vencedor Exbalanquen con mucha ira le dió una coz y le volvió á su mansión. En este relato percibimos un recuerdo de las luchas de *Quetzalcoatl* y *Tezcatlipoca*. Agrega fray Bartolomé que de este vencedor del infierno dicen que comenzó el sacrificar hombres; que donde quiera que se ofrecían sacrificios, tenían unos cuchillos de piedra muy agudos, los cuales dicen que cayeron del cielo, y los llamaban manos del dios, y que en tanto los reverenciaban, que les rendían gran adoración y les



Cuchillo con mosaico de turquesas para los sacrificios

hacían muy ricos cabos con figuras, según podían, de oro y de plata, y de esmeraldas, si las podían haber, ó al menos de turquesas, como de obra que llamamos mosaico, y los colocaban en los altares de sus dioses. Y como les servía la obsidiana para matar á los hombres destinados al sacrificio, relataba la leyenda que *Chay-Abah* salió de *Xibalba*, del rico y poderoso *Xibalba*, pues el hombre es obra de su creador y formador, y quien sostiene al creador es *Chay-Abah*, y por eso formó al hombre y lo perfeccionó en el dolor.

Podemos, pues, decir, acordando la leyenda histórica con la astronómica, que *Hun-Ahpú* y *Xbalamke* representan á la nueva raza que llevó al Sur la civilización nahoá. Veremos después que todavía consi-

deraron ésta como insuficiente y que no la creyeron perfecta hasta que la recibieron de manos de los tolteca. Esto nos haría suponer que la cultura palemkana alcanzó su mayor auge con la invasión de los tolteca; pero por ver que ahí dominan los mitos cronológicos nahoas sin que percibamos en ellos las reformas hechas en Tóllan, debemos creer, hasta mejor prueba, que el gran desarrollo de Palemke, si no fué tan antiguo como algunos quieren, no fué tampoco tan moderno como pretenden otros. Tomando en consideración los datos ó indicios que sobre punto tan oscuro tenemos, nos atreveríamos á asignar los siglos VI y VII de nuestra era como la época de mayor prosperidad y grandeza de la ciudad sagrada.